

En una de las provincias más sureñas de Rusia, pasando el río Angarov, se encuentra una región llamada Kyrskaya. La gente de Kyrskaya, además de tomar mucho vodka y de tallar pequeñas muñecas de madera que caben unas dentro de otras, tiene la particularidad de poder ver los sueños. No es que abunden los astrólogos en esa región, es solo que les nace la habilidad a todos, bien de chiquitos. Y no es que interpreten los sueños que uno les narra y con eso puedan pronosticar venturas ni desdichas, si no que los ven mientras ocurren, así, a todo color y en tres dimensiones, mientras el sueño mismo acontece.

Los colectivos de larga distancia en Kyrskaya no tienen televisores para proyectar películas durante los viajes prolongados; los pasajeros simplemente esperan a que alguno se duerma, y se entretienen contemplando lo que sueña.

Así es como cuentan que algunas veces se sueñan apenas tonos de colores que juegan alrededor del soñador, o garabatos sencillos; otras veces son escenas con todo realismo, en escenarios conocidos o fantásticos, y hasta con profundos diálogos y música de fondo. Si la persona es tímida soñará más en pequeño, casi que escondiendo el sueño debajo de la almohada, pero otros pueden proyectar imágenes grandes y claras.

Hace algún tiempo, algunos kyrskayenses comenzaron a practicar la habilidad de controlar lo que soñaban, intentando prolongar esos momentos en que estás por despertar y te das cuenta de que en realidad todo es un sueño, revelador momento en el que te conviertes en todopoderoso, pudiendo doblar y hasta quebrar por completo las reglas de la física y del destino mismo. Así es como el onirismo llegó a ser un deporte conocido en toda la región, con multitud de seguidores que alentaban a sus héroes en competencias que llegaban a colmar estadios completos.

Iván Dobrensko fue un gran onirista que llegó a competir en estos juegos regionales. No comenzó a practicar hasta bastante adulto pero, a diferencia de muchos oniristas que se contentan con descansar lo más posible, Iván se esforzaba por perfeccionar su técnica. Llegó a practicar seis deportes a la vez para llegar más cansado a la noche, y trataba en todo momento de tener todo tipo de experiencias, gratas o desagradables, para llenar su subconsciente de posibilidades. Fue conocido por su amplitud superlativa, al punto de tener que mudarse solo a una casa en las afueras del pueblo porque sus vecinos siempre se quejaban por los sueños molestos.

Dicen que el día de la final de un torneo Iván se despertó temprano y salió a caminar. Leyó un par de capítulos de tres libros distintos, remó un par de horas a la tarde, cenó algo livianito, y se dirigió al estadio.

En los vesturios había bastante gente, la mayoría en pijamas, algunos sorbiendo leche tibia, otros charlando en voz baja, otros leyendo.

Cuando le tocó el turno a Iván ya estaba cómodo y con los dientes lavados, listo para dormir. Una voz en el altoparlante ya lo presentaba, y recordaba la necesidad de hacer silencio durante el tiempo que durara el sueño.

Todo el estadio se encontraba a oscuras, salvo por un pequeño foco al costado de una solitaria cama recién tendida en el centro del campo. Iván caminó despacio, despeinado, hasta la cama, se arropó y apagó la luz.

En el torneo cada uno tiene diez minutos de aclimatación para dormirse, y a partir de ahí veinte minutos más para desarrollar el sueño. Ocurre seguido, sobre todo en las ligas menores, que con los nervios de la competencia algunos no se pueden dormir, por lo que

el público termina contemplando, en completo silencio, diez minutos de absolutamente nada. Fuera de esto es un deporte muy distinto al baseball.

A Iván por suerte no le sucedió esto, y se pudo dormir en un par de minutos.

Soñó que estaba en un campo de batalla en la que la luz y la oscuridad se debatían en un gran combate a muerte. Las tropas de la luz marchaban confiadas de su victoria, soberbios en sus armaduras resplandecientes, iluminando el cielo con grandes fuegos artificiales y bengalas. A su encuentro avanzaban las tropas de la oscuridad, en paso desordenado. Eran sombras tumultuosas y opacas, que engullían y apagaban las luces que llegaban a alcanzar.

Iván estaba del lado de la luz, y corrió lo más rápido que pudo para evitar ser alcanzado por las sombras. Corría muy rápido, y dejaba estelas de luz por donde pasaba, y grandes porciones del cielo estallaban en un blanco incandescente cada vez que lo quería. Un par de veces parecía que las sombras lo tenían arrinconado, pero él también podía saltar realmente alto para escapar. Había también bestias tenebrosas y aladas de las que había que tener cuidado, y figuras oscuras que apenas si se notaba que se movían, pero que Iván sabía que estaban ahí. Incluso había unas gigantescas manchas turbias que abrían boquetes en los destellos de luz con negros cañones. Sin embargo, el campo de batalla se fue iluminando cada vez más, y las tinieblas eran cada vez menos.

Hasta que en un momento Iván se dio cuenta de que la luz era engreída, y que se jactaba pomposa de su segura victoria, y eso a él le molestó. Corrió hasta una pequeña oscuridad que parecía un charco de noche y se dejó atrapar. Lo invadió de golpe una ira ensordecedora, y sintió que toda su claridad se convertía en un fango negro y viscoso.

Entonces comenzó a arrojar oscuridad sobre la luz con las manos, a paladas. Podía volar ahora también, y desbaratar de un manotazo una columna entera de paladines diáfanos. Sentía que disparaban contra él todo tipo de misiles multicolores, pero se había hecho de una coraza de azabache indestructible que lo protegía. Fue apagando todas las bengalas y todos los fuegos artificiales, uno por uno, hasta que quedó una sola luz, la luz misma. Ahora era apenas una viejita de piel muy blanca, en un camisón floreado. Cuando lo vio a él, que era en sí toda la oscuridad, la viejita comenzó a llorar. Iván sintió lástima de ella, corrió hasta alcanzarla, y la abrazó. Entonces no quedó nada, ni luz, ni oscuridad, si no una nada imposible en la que solo se podía oír el corazón de Iván, que latía apresurado. Y al segundo se escuchó un despertador.

Cuando se despertó y prendieron las luces, el estadio estaba de pie; lo aplaudieron a gritos por un buen rato. La gente lloraba emocionada.

Más tarde en su casa, celebrando con algunos amigos, uno le preguntó cuál era su secreto para tener tan completo control sobre sus sueños. Iván pensó un rato; era tarde, y tenía un par de vodkas encima. Finalmente, según me dijeron, contestó:

- Primero hay que enamorarse profundamente de una chica al que no le intereses; pero asegurate de que no haya ni la más remota posibilidad de que se vaya a fijar en ti. Enamorate tanto, tanto, tanto que llegues al punto de no poder soñar con otra cosa, ya habiéndola soñado de lejos, de cerca, desnuda y de todas las maneras posibles. Te darás cuenta un día, mientras consideras el suicidio, de que controlar lo que sueñas es una opción mucho más cómoda.